

1

La boca pastosa y el dolorón de cabeza. Todo aún oscuro. Mantuvo los ojos cerrados. No se iba a mover aunque sintiera que ya se meaba; le dolía la vejiga de la urgencia. Colocó las manos en el bajo vientre para apaciguar el dolor porque si se levantaba no se iba a volver a dormir y esas eran las mejores horas para el pestañazo. Además, así podía pensar con claridad e imaginarse con nitidez los lugares pensados. Hasta más inteligente se sentía en esos momentos. Tampoco iba a abrir el hocico porque le saldría la hedentina a guaro rancio. Había chupado como coche, hasta los toles. Ahora le palpitaban las sienes y le dolía la cabeza. A su lado, el cuerpo de la mujer, de lado, dándole las nalgotas, ya lo andaba calentando. Sentía el vaho de su piel cerca de la pierna y la verga llenándose de sangre. Pero no se iba a aventar a esas horas un polvorín; sentía el cuerpo molido, como si hubiera hecho ejercicio. No sabía porque una noche de parranda lo dejaba en ese estado. Ponerse a coger a esas alturas sería una verdadera idiotez. Dejó de hacerle coco a las nalgas de la mujer y comenzó a pensar en su vida, en los años que había pasado en la conspiración y en la clandestinidad.

Todo ese tiempo había andado de arriba para abajo; había militado de todo en tres organizaciones armadas; incluso llegó a dirigente máximo. Esa forma de vivir se había vuelto su otra piel. Diecisiete años eran resto. Se sentía ruco y hastiado de andar en la movida. Pero no podría vivir de otro modo. No podría sobrevivir como todos los pisados que van a trabajar con un horario fijo, recibiendo un salario de miseria y por pushitos, aguantando los gritos y desplantes de un patrón hijueputa y llevando los domingos a la retahíla de chirices al zoológico, a ver los monos. Eso no era para él. Eso lo mataría más rápido que un plumazo. Era cuestión de aguantarse ahora que se lo estaba llevando candanga porque lo habían cortado de la organización que él había fundado. No sólo se había rajado los cojones dirigiendo el rompimiento con el partido, sino que ahora lo tenían aislado, acusado de bandolerismo y expulsado. Pero no lo habían acabado. No era la primera vez que se sentía así, ya había andado en esos ticoles y aún tenía su base; dirigía a un grupo de patojos que jalaban parejo y tenía sus contactos nítidos con una organización salvadoreña. Siempre lo mismo, cuando andaba de dirigente todos lo chaqueteaban, lo ponían por las nubes, lo invitaban a echarse los cutos, le ofrecían viajes, alababan su valentía. Pero cuando caía en desgracia ni chibola le tiraban. Se sentía cansado, pero no había para dónde agarrar. La vida es así, uno se labra su propia estaca y tiene que sentarse en ella. Y encima empatinado con

esta mujer vulgar ¿de qué cuenta se fue a embarcar con ella? Pero qué le quedaba; siempre fue feo, pobre, despreciado por las nenas que andaban con los otros compas. No le quedó más que arrejuntarse con ese culo gacho y sacarla de donde la sacó.

Lo más pisado es que hasta se paró encoñando, porque eso sí, sabe su oficio, coge como los ángeles. Todo comenzó a hacerse pozol cuando supieron que se había quedado con un pusho de pisto de un seconal. Ni modo, si no tenía ni con qué comer. Él hacía las acciones armadas y exponía el pellejo y el ruco del maistro Chupas repartía las fichas. Siempre le andaba dando un pushito para mal pasarla. Por eso cuando cobró un rescate agarró un buen pusho para sus gastos y comprarse ropa.

Lo pisado es que no se fijó que se la habían huelido y que lo andaban conejeando; le pusieron un cuije para que lo controlara. Todavía lo hizo un par de veces hasta que lo agarraron con los calzones en la mano y lo expulsaron de la orga. Él se defendió alegando que ellos exponían el pellejo y el ruco mangoneaba las fichas, pero perdió la batalla. Levantó otra organización y cuando ya era el mero mero lo volvieron a acusar de corrupto y lo cortaron. Ahora sí ya no tenía para dónde agarrar. Pero chís la droga, en cualquier rato se para otra vez. Lo que más lo mordió la última vez es que uno de sus cuatachos, el Memo, también lo haya criticado y haya contribuido a que lo cortaran de la orga. No hubo un cabrón que lo defendiera, todos se

aventaron en vaca contra él. Pero tarde o temprano se las van a pagar todas juntas esos cerotes. Sobre todo el Colocho, que ahora es el mandamás; por no ver que cayó de paracaidista a agarrar la papa pelada, sólo cosechó lo que él sembró a costa de enfrentamientos, críticas y vergazos. Qué de a tú. Ahora esos pisados se creen los dirigentes iluminados.

Ahora sí ya se mea. Ha de haber pasado un catizumbal de tiempo y él pensando puras babosadas. Qué se saca con eso. A lo hecho pecho, lo bailado nadie se lo quita, y la verdad es que se la ha gozado. Siempre le gustaron los morongazos. No se arrepiente. Pero de que se las pagan se las pagan. Debe apurarse porque tiene un contacto con unos patojos en la cevichería de frente al Roosevelt. Ahí va a quitarse la goma con un par de buenas Gallo. Han de ser como las ocho de la mañana.

Se levanta descalzo, el piso frío lo despabila. Los meados salen calientes, ácidos, fétidos; la hedentina le entra por las narices y le revuelve el estómago. Deja ir el agua del inodoro. Regresa en pelota, tiene la talega como brazo de santo, le vigea las nalgas a su mujer; ya mero le echa un galán polvorín pero va a ser la de nunca acabar, esa pisada cuando se calienta no hay modo de que se desprenda, se ensarta como garrapata. Mejor se aguanta para la nohecita. Al cabo ella es materia dispuesta, nomás le tienta las puntas de los pezones y ya anda encuerándose, es reaventada para la cogeazón, no en balde la sacó de una casa de putas por la zona once. Eso

también se lo criticaron cuando armaron el bonche para cortarlo, dijeron que una pisada de esa extracción no era de confianza, que en cualquier momento los entregaba por unos lenes; pero él sabe que es pareja, además se lo trae loco.

Se pone el pant y el sudadero, sin nada abajo; luego, los calcetines y los tenis. Se mira al espejo; en la penumbra se sonríe. Está chilero con esos Adidas; bien rayado está. Sale sin hacer ruido. En la calle observa para todos lados y empieza a correr despacito.

Lleva la cabeza como si le fuera a reventar; sólo a él se le puede ocurrir ponerse a correr en esas condiciones. Y peor con ese solón. Le falta el resuello. Mejor se va caminando. Acaban los añitos, Magdalena ya no está para tafetanes. Lo pisado es que la cevichería no está tan cerca. Va a llegar descuadrado. Le pican las patas de tanto pateo. Ya le caló la vidita que se da. Pero ni modelo. En estos días las cosas se han puesto peor, sale de una gran moronga y para quitarse la goma se pone otra. Total, ya lleva un resto en aguas. Lo peor es que ya bien a molote en las cantinas le da por echar boqueras y armar líos. En una de esas le cae la chonta y lo pone pupuso a morongazos. De pura leche no le han caído. Anoche chupó hasta las tres de la mañana, llegó en calidad de tanate a su chante, con un sueño de la gran chucha y a esas horas se le metió a la nena armar la cogeazón; se tuvo que poner firmes. Se fue durmiendo como a las cinco. Lleva los